

de curar la terrible (siempre debe ser terrible, pero curable) enfermedad que padece y que todos los demás colegas son una recua de borricos y bribones. Asombrarlo, recetando con la más ilegible letra las drogas más complicadas y desconocidas, y lanzándole a boca de jarro y sin respirar los más incomprensibles tecnicismos, so pretexto de explicar el «proceso». Embromarlo, prolongando la asistencia hasta el límite de su paciencia y visitándole a cada rato por exceso—así hay que decirle—de interés y de cariño.

Todo esto se logra muy fácilmente explotando la ignorancia del enfermo en la materia y el tino admirable que tiene éste para preferir al que lo engaña. Pero es necesario, jóvenes que me escucháis, reservar estas cosas y no contarlas en público, porque el día que lleguen a ser conocidas, ese día será más difícil llenar rápidamente ambos compartimentos de la estrella doble. Por eso, jóvenes estudiantes y futuros médicos, os pido encarecidamente que no las publicuéis en los diarios. Se trata de secretos profesionales que deben quedar en familia.

Hay, sin embargo, dos pequeños obstáculos en la carrera del sabio: uno se llama compasión y el otro se llama conciencia. Pero no os alarméis, jóvenes estudiantes. Pronto aprenderéis en el ejercicio de la profesión que la compasión es un sentimiento inferior y despreciable, que sólo sirve para hacernos dar traspies en el camino de la gloria y la fortuna. Meditad esta verdad incontestable: el verdadero sabio sólo se queja cuando le duele la muela propia y recordad que las impresiones dolorosas despertadas por los agentes que excitan las terminaciones periféricas de los nervios sensitivos de los extraños, son percibidas únicamente por los cerebros extraños y nunca jamás por el nuestro. «A mí no me duele el dolor del prójimo», dice el aforismo. Vuestros conocimientos fisiológicos os pondrán pues, a cubierto de este primer pequeño falso obstáculo.

No me voy a detener mucho respecto al segundo. La conciencia es un mito: no existe. La punta acerada del escalpelo jamás la ha descubierto en el interior del cuerpo humano. En vano se abrirá el corazón y se raspará la superficie de las paredes internas de los ventrículos y las aurículas; en vano se aplicará el microscopio y se examinará, una por una, sus fibras musculares. En vano se practicará todos los cortes del cerebro que recomiendan los autores clásicos, y a simple vista y con la lente se buscará en el interior de la sustancia blanca y de la sustancia gris; siempre se llegará a la conclusión de que la conciencia es una simple invención anticientífica.

Combatid, pues, combatid heroicamente esos dignos prejuicios; uníos; formad círculos cerrados de socorro mutuo y agencias de consultas y de tapujos, y negad el pan y el agua al colega desleal y traidor que se independiza, que en la Facultad estudió para aprender, que se recibió de médico para curar, que cree que existe en la economía humana un órgano más noble que el bolsillo del pantalón, que hay en la naturaleza algo más grande y más bello que la caja de hierro, que la conciencia es algo más que una palabra vana y que el verdadero ideal brilla más alto y con claridad más intensa que la estrella doble que deslumbra a los esclavos del dinero.

Y después, pasead en carruaje vuestros científicos cuerpos sin alma, haced sonar el oro y haceos admirar por vuestras propias víctimas; haceos avaros, porque si el mérito se mide por la bolsa, gastar plata es gastar mérito, y moríos dejando una inmensa fortuna, en la seguridad de que vuestro entierro será suntuoso y de que los más bellos y grandilocuentes discursos de alabanza han de resonar en vuestras tumbas.

Y que Dios os lo pague y que la Patria os lo agradezca.

CUPERTINO DEL CAMPO